

Lorenzo de Truña

MARINERO DE SORABILLA

EN LA EXPEDICIÓN

DE LA PRIMERA

VUELTA AL MUNDO



Tomás Mazón Serrano



ANDOAINO UDALA

Autor:

Tomás Mazón Serrano

Publica:

Archivo Municipal de Andoain.

Foto de portada:

Augusto Ferrer Dalmau:
“Primus circumdedisti me”

Traducción:

Jon Unanue López

Edita:



Depósito Legal:

LG D 00847-2022

Documentos:

Ministerio de Cultura y Deporte.
Archivo General de Indias

Hace tres años, asistí como alcaldesa, a uno de los actos conmemorativos de la primera vuelta al mundo celebrado en Getaria y tuve noticia de que había entre aquellos intrépidos marineros un paisano nuestro.

Encargué al Archivo municipal hiciera las averiguaciones pertinentes, y sí, así era: Lorenzo de Iruña, natural de Sorabilla, había acompañado a Juan Sebastian Elcano en su gesta y poco le faltó para concluirla.

Creímos que en este año en el que se conmemora el 500 aniversario de la misma, era oportuno dar a conocer este hecho en Andoain y rescatar del olvido a nuestro convecino. Este trabajo que tienes entre manos y que firma Tomás Mazón, es el resultado. Esperemos que sea de vuestro interés.

Hace ahora quinientos años que dieciocho famélicos hombres consiguieron el logro histórico de completar la primera vuelta al mundo. Nadie les había pedido hacerlo. Fueron aquellos marinos y, sobre todo, su capitán Juan Sebastián de Elcano, quienes habían adoptado la iniciativa de añadir este objetivo al que llevaba encomendado al partir: llegar a las islas de las especias, que Fernando de Magallanes sabía dónde se localizaban.

El esfuerzo y la determinación que les había llevado a conseguirlo habían resultado heroicos y, por ello, desgraciadamente eran muchos los que habían quedado atrás. No hace falta explicar el mérito de una navegación a vela tan larga, porque incluso en nuestros días todavía resulta arriesgada; pero su regreso desde las islas del Maluco había contado con un factor durísimo y determinante: no poder tomar tierra ante el peligro de ser apresados por los portugueses, dueños de las costas africanas y asiáticas según el reparto del mundo establecido en Tratado de Tordesillas. Así, Elcano contó al llegar que, por esta causa, «se nos murieron veintitún hombres de hambre».

Lorenzo de Iruña

Uno de quienes no tuvo la fortuna de poder contarle se llamaba Lorenzo de Iruña. Quedó registrado que era vecino de Sorabilla, que fue universidad independiente de Andoain hasta el siglo XIX. Él fue uno de los marinos que sacrificaron su vida en aquel empeño, y por ello merece que le recordemos y difundamos su memoria.

Aunque el polvo de los años hace que sea difícil aproximarnos a su figura, los archivos históricos nos proporcionan detalles que nos permiten hacerlo. Según podemos comprobar en los libros de tesorería de la Casa de Contratación de Indias de Sevilla, quedó enrolado como marinero, es decir, que contaba con amplia experiencia en el manejo de las naos de la época. De no haber sido así le habrían enrolado como grumete. Sospechamos además que era soltero, puesto que al alistarse dio como referencia el nombre de sus padres y no de su esposa, como hacían quienes estaban casados. Estos se llamaban Juan de Iruña y Gracia de Aguirresarol o, según otro documento, de



Vista de Sorabilla.

© Andoaingo Udal Artxiboa/
Archivo Municipal de Andoain.

Lagirresariré¹ –los escribanos de Sevilla que realizaron estas anotaciones es evidente que se vieron en apuros para transcribir el apellido–. Ambos residían en Soravilla. También llegaremos a averiguar que tenía al menos un hermano, llamado Miguel de Iruña.

Como vemos, nuestro protagonista recibió en Sevilla el pago por adelantado del sueldo de cuatro meses, una medida que se tomó para favorecer la incorporación de tripulantes a la armada. El grueso de la dotación, que ascendió a 247 hombres, embarcó de manera voluntaria, exceptuando tan solo a la mayor parte de los pilotos de la Casa de Contratación y a algunos de los capitanes, que viajaron por deseo expreso del rey Carlos I. El sueldo mensual de Lorenzo de Iruña quedó estipulado en 1.200 maravedís y, además, se le permitía alojar a bordo un pequeño volumen de mercancías propias para intercambiar por especias en el destino. Si todo iba bien, lo que trajera en esa caja podría terminar suponiendo un jugoso complemento al sueldo.

La expedición

Lorenzo empezó la expedición a bordo de la **nao Concepción**, la misma en la que Elcano iba como jefe de la marinería, o como maestro si usamos el término de la época. Entre Elcano y los marineros había un puesto intermedio, el del contra maestro, que estaba ocupado por el también vasco, Juan de Acurio, de Bermeo. En este sentido, cabe resaltar que en la Concepción embarcó un nutrido grupo de tripulantes vascos porque, además de los mencionados, viajaron el calafate Antón de Basazábal, el carpintero Domingo de Yarza, el marinero Juan de Aguirre, los grumetes Perucho de Bermeo, Machín de Insaurraga, y el paje Pedro de Chindurza. Como es lógico, todos ellos debieron conformar una pequeña camarilla, especialmente unida por sus raíces comunes.

La expedición tardó exactamente un año, un mes y un día en encontrar un paso que permitiera cruzar desde el océano Atlántico hasta el Pacífico. El que más tarde pasó a llamarse **estrecho de Magallanes** asombró a todos por su belleza salvaje y, tras un mes recorriendo sus mil vericuetos y difíciles aguas, lograron alcanzar el que Vasco Núñez de Balboa había

llamado Mar del Sur cuando lo descubrió en Panamá, hacía por entonces seis años. El inmenso océano se extendía ante ellos, pero lo hacían ya con solo tres naos, la Concepción, la Trinidad y la Victoria, porque la Santiago había embarrancado en la Patagonia, mientras que los de la San Antonio habían tomado rumbo de vuelta a España.

Con el descubrimiento del estrecho este viaje empezó a convertirse en épico. Se encontraban mucho más lejos de donde acababan los mapas, del mundo conocido. A proa, siempre al poniente, el mapa se iba dibujando a su avance. El marinero jerezano Ginés de Mafra diría así:

Cada uno se tuvo por dichoso en haberse hallado en cosa que otro antes que él no se había hallado.

Una rara dolencia empezó a causar estragos entre la tripulación. Hoy la conocemos por escorbuto, y está causada por la falta de vitamina C, presente en las frutas y en muchos alimentos frescos de los que carecían. Muchos de ellos empezaron a ver cómo sus encías se engrosaban de tal manera que llegaban a cubrir los dientes, impidiéndoles comer lo poco que tenían que, según el italiano Antonio de Pigafetta, quien nos dejó la más famosa relación del viaje, no era sino un polvo mezclado con gusanos. A estas alturas del viaje, el bizcocho, su principal comida, se reducía a una masa putrefacta y maloliente que no había otra que comer.

Al cabo de unos cien días de navegación llegaron a las islas **Filipinas**. Los indígenas de las primeras islas que encontraron les dispensaron toda la ayuda que les fue posible y empezaron a sanar. Supieron de una ciudad muy poblada en las proximidades y Magallanes decidió acudir hasta ella para reabastecer las naves. Así llegaron a **Cebú**, donde inicialmente el capitán estrechó amistad con su rey local, llamado Humabón. Tanto fue así que terminaron obligando a los líderes del entorno a pagar tributos y uno de ellos, Lapu-lapu, se negó. Magallanes se empeñó en acudir a **Mactán** para someter a este líder rebelde, atacando el poblado con entre 40 y 60 de sus hombres, pero fueron ampliamente sobrepasados en número y, tras una larga lucha, Magallanes cayó muerto y con él otros seis hombres.

1 Probablemente sea Aguirresarobe.

*loz Reyna. may. v. de soravilla. loz clau
 ynd de g. ynd. s. lo de la de ynd. e
 de de ag. i. s. de de de de de de de
 de de de de de de de de de de de de
 de de de de de de de de de de de de
 de de de de de de de de de de de de*

*Lorenzo de Iruna, marinero, vecino
 de Soravilla, que es en la provynçia de
 Guypuzcoa, hijo de Juan de Iruna e Graçia
 de Aguirresarol, ha de aver de sueldo a mill
 e doscientos maravedis por mes. Reçibe por
 sueldo de quatro meses adelantados 4.800
 mrs.*

Archivo General de Indias, Contratación, 5090, L.4:
 "Libro copiador. Armada de Fernando de Magallanes".

Sin embargo, esto no fue lo peor. Pocos días después, el rey Humabón les traicionó, urdiendo contra ellos un convite en el que la mayoría de quienes acudieron terminaron también muertos. Los que quedaron a bordo de las naos no tuvieron más opción que marcharse a toda prisa. Así, a los 7 muertos de Mactán se unieron otras 27 bajas. Teniendo en cuenta los fallecidos en el camino, no había suficientes

hombres para tripular las tres naves y decidieron vaciar y quemar la que presentaba peores condiciones. La sacrificada fue la Concepción, por lo que Lorenzo de Iruña y el resto de sus compañeros pasaron a repartirse entre la Trinidad y la **nao Victoria**. A él, como a Elcano y a Acurio, les tocó pasar a esta última, una nao que a buen seguro les era querida porque se había construido en Zarautz.

Viajaron en ella durante algunos meses inciertos en los que, con mucho peligro, navegaron de isla en isla recelando de bajar a tierra, y sin conocer qué camino tomar para dirigirse a las islas de la Especiería. El capitán de la nao Victoria durante este tiempo fue el burgalés Gonzalo Gómez de Espinosa, quien hasta entonces había ejercido como alguacil, mientras que el puesto de capitán general en sustitución de Magallanes fue ocupado por el piloto portugués Juan López Carvallo, que viajaría en la Trinidad.

Así, siguiendo sus órdenes llegaron a **Brunéi**, otra rica ciudad, la más opulenta del entorno, en la que también estuvieron al borde del desastre. La actitud de Carvallo, quien trató de sacar tajada para sí mismo de la visita, fue entendida como desleal al rey, por lo que entre todos



Abraham Ortelius Maris Pacifici (1589).

eligieron por nuevos capitanes a Elcano en la nao Victoria, y a Espinosa en sustitución de Carvalho. Aquellos hombres habían demostrado ser los mejores y sus compañeros los elegían como sus nuevos líderes. Espinosa, militar fiel y recto, aportaría seguridad en tierra. Elcano, un marino excepcional, aportaría seguridad en la navegación. Con ambos al frente, la expedición no tardó en alcanzar por fin el destino de su viaje, las míticas islas del Maluco.

Arribaron a la isla de **Tidore**, donde fueron muy bien recibidos por su rey Almasur, quien hizo cuanto estuvo en su mano por ayudarlos y estableció con ellos una sincera alianza. Pactaron con él la compra de grandes cantidades de clavo, a cambio principalmente de telas, pero cuando ambas naos se dispusieron a iniciar el viaje de regreso se descubrió una grave avería en la Trinidad, que les iba a forzar a un cambio de planes.

Las reparaciones que la Trinidad requería iban a precisar de varios meses, lo cual constituía un problema porque el tiempo les acuciaba para marchar. Corrían peligro si se demoraban allí, porque recibieron noticia de que una potente armada portuguesa acudía desde la India y Malaca en su búsqueda siguiendo órdenes del rey Manuel I, quien había ordenado en todos sus dominios dar caza a los de Magallanes. De este modo, nuevamente de forma consensuada optaron por separarse y que la nao Victoria marchara de inmediato. Los de la Trinidad no tendrían más remedio que quedarse y, cuando consiguieran poner a punto la nao, tomarían un camino de regreso a priori más conservador, dirigiéndose hacia América, donde se encontraba la costa castellana más próxima, en la que podrían recibir ayuda para continuar.

Nao Victoria: regreso en solitario

Así, el 21 de diciembre de 1521 los de la Victoria largaron velas en Tidore y se separaron de los compañeros de la nao Trinidad. Aquel fue un momento difícil para todos y cargado de dramatismo. Eran muy conscientes de lo difícil que iba a ser volver a reencontrarse. Según narró Pigafetta, «los nuestros nos acompañaron en su chalupa tan lejos como pudieron y nos separamos, al fin, llorando».

De esta forma, entre lágrimas, daba inicio la que con mucho iba a ser la travesía más larga y arriesgada de todo el viaje y que, en

caso de éxito, conllevaría una extraordinaria recompensa porque los convertiría en los primeros en dar la vuelta al mundo. Elcano dejó bien claro al regresar la gran motivación que para él, y probablemente para todos, confería el hecho de convertirse en los primeros en lograrlo. Pese a los importantes logros alcanzados y, sobre todo, haber cumplido el objetivo de la expedición, se dirigió al rey para recalcar que en realidad no era eso lo mejor de lo conseguido, sino haber completado la primera circunnavegación:

Lo que en más avemos de estimar y tener es que hemos descubierto e redondeado toda la redondeza del mundo.

Elcano optó por adentrarse en el océano Índico en latitudes muy al sur, por las que nadie antes había navegado, para dirigirse al **cabo de Buena Esperanza**. Aquel océano resultó ser una trampa para un navío a vela si pretende navegar hacia el oeste. Encontró una sucesión de borrascas contrarias que obligó a una navegación técnicamente complicada, muy trabajosa por lo continuos cambios de bordada, y peligrosa por los temporales a los que tuvieron que hacer frente, que durante días les impedían avanzar. Tanto fue así que tardaron prácticamente lo mismo en cruzar el océano Índico que el Pacífico, pese a que la distancia recorrida era mucho menor.

En esta época no había medios para medir con precisión la longitud geográfica. Esto hizo que nuestros marinos, después de tanto tiempo navegando sin referencias de costa, erraran al estimar que habían dejado atrás el cabo de Buena Esperanza cuando en realidad no fue así. Viraron al noroeste pensando que habían llegado al Atlántico pero, como resultado, para su sorpresa toparon con la costa de Sudáfrica lejos todavía del cabo. Era el 8 de mayo de 1522. Al día siguiente consiguieron fondear y reponer agua fresca en las botijas. Sin embargo, para los más enfermos era ya muy tarde, y empezaron a morir los primeros hombres de la tripulación.

Tras detenerse este día volvieron a hacerse a la vela, según quedó anotado en el derrotero, «por estar en [ello] nuestra libertad». El miedo a ser detectados por los portugueses queda así patente que fue muy alto y, pese a necesitarlo, prefirieron alejarse de la costa para tratar de evitar un encuentro del que temían salir muy mal parados.



Clavo, la cotizada especia de la que la nao Victoria trajo 27 toneladas.

Hallándose la mayor parte de la tripulación inclinada más al honor que a la vida misma, determinamos hacer cuantos esfuerzos no fuera posible para regresar a España.

Su marcha fue en realidad un acto heroico, porque buena parte de la tripulación viajaba ya muy enferma. Era lógico. No solo llevaban mucho tiempo en alta mar, sino que las condiciones de vida a bordo eran realmente duras. Únicamente se protegían de la intemperie bajo los techos de las toldas, a merced del frío y del agua que barrían la cubierta, hacinados, comiendo solo arroz hervido con agua de mar. Su viaje fue una carrera de resistencia, que muchos no lograrían superar. La relación de fallecidos que se trajo a bordo de la nao Victoria, y que se conserva en el Archivo General de Indias, deja constancia de que, muy poco después, nuestro marinero Lorenzo de Iruña perdió la vida:

Martes, treze días del dicho mes de mayo falleció Lorenzo de Iruña, marinero, de enfermedad, e hizo su testamento.

Como vemos, Lorenzo había enfermado y terminó muriendo frente a las costas de Sudáfrica, después de dictar testamento. No fue el único. Otros cinco compañeros más lo harían durante esa semana en la que el temido cabo hizo honor a su anterior nombre, y convirtió en épico el esfuerzo de nuestros hombres por dejarlo atrás, haciendo frente a un terrible temporal que incluso les hizo partir el mástil y verga del trinquete. Según contó Pigafetta, entonces se conjuraron para volver a España pese a los peligros. Su honor iba en ello, y no cejarían en su empeño.



Islas Molucas, Tidore, objetivo de la expedición.

Finalmente, solo dieciocho marinos arribaron a Sanlúcar de Barrameda a bordo de la Victoria, pues otros trece de sus compañeros habían quedado presos de los portugueses en Cabo Verde en el mes de julio, donde habían acudido ante la situación desesperada de hambre por la que atravesaban. No tardarían en compartir con ellos la gesta de ser los primeros en conseguir dar la vuelta al mundo.

Lo primero que hicieron fue desembarcar descalzos y con cirios en la mano para dar gracias a la Virgen de la Victoria. Agradecieron regresar vivos y, cómo no, pidieron por los compañeros que habían quedado atrás y no pudieron contarlos. Lorenzo de Iruña estuvo cerca de conseguirlo, y su trabajo contribuyó a que otros lograran la gloria en vida. A él le quedó la eternidad, como a todos quienes participaron en esta gran gesta de la humanidad.

La familia de Lorenzo de Iruña recibió por parte de la Casa de Contratación de Indias el importe que se le debía, tanto por el tiempo servido hasta el día de su muerte, como por su caja y quintalada. Antes de ello hubo que esperar a que el factor de la especiería, el burgalés Cristóbal de Haro, consiguiera vender el clavo del que había llegado repleta la nao Victoria, lo que hizo que todos los afectados, tripulantes supervivientes incluidos, tardaran algunos meses en recibir el primer pago.

Testamento de Lorenzo de Iruña

Así, pagaron a Elcano el 2 de marzo de 1523, y solo siete días más tarde al hermano de Lorenzo, Miguel de Iruña, que se encontraba en Sevilla con un poder otorgado por su padre como representante al efecto. Este recibió 34.920 maravedís, correspondientes al sueldo devengado, pero todavía restaba una gran parte. Se trataba de la valoración correspondiente a su caja y quintalada², que no fue pagada

² La quintalada era un porcentaje de la carga del navío, propiedad de los armadores, que era costumbre repartir a la tripulación como complemento a su sueldo.

hasta el año siguiente. Por este concepto conocemos que le correspondió una cuantía de clavo de «2 quintales, 82 libras y media que le quedó neto de quiebra y veyntena de su caja y quintalada», que al precio de 42 ducados por quintal –15.750 maravedís– ascendía a 44.493 maravedís. Como vemos, fue un importe mayor que debido por los 33 meses y 4 días en los que sirvió de marinero.

El 30 de agosto de 1524, la Casa de Contratación abonó esta segunda parte pendiente a un tal Juan de Ocadoz, representante legal del padre de Lorenzo en esta ocasión. De esta forma, el padre de nuestro Lorenzo de Iruña terminó percibiendo un total de 79.413 maravedís.

¿A cuánto equivalía esto? Es imposible trasladarlo a euros pero, al menos, sí podemos compararlo con lo que percibieron algunos de sus compañeros. De entre los supervivientes, quienes ejercieron como él de marineros terminaron cobrando unos 84.000 maravedís, no mucho más, contando que percibieron el sueldo desde mediados de mayo, fecha de la muerte de Lorenzo, hasta el final del viaje. Los grumetes supervivientes recibieron alrededor de 64.500 maravedís, mientras que los oficiales al mando se hicieron ricos: Elcano con 613.250 maravedís y Juan de Acurio otros 231.220, por poner como ejemplo a otro de los que conformaron inicialmente aquel grupo de vascos de la nao Concepción.

En una nota al margen que aparece en las cuentas realizadas por la Casa de Contratación leemos un dato del que no nos consta más información: «debe a Magallanes 204». Según esto, es evidente que Fernando de Magallanes le prestó algo por valor de 204 maravedís, que Lorenzo de Iruña tenía pendiente devolverle. Encontramos apuntes similares en las cuentas de otros tripulantes. No sabemos qué, pero Magallanes prestó dinero, o algunos artículos que necesitaban, a un buen número de compañeros de viaje.

Es posible que esta información procediera del propio testamento de Lorenzo de Iruña, quien, como ya hemos podido comprobar, lo dictó antes de morir a bordo de la nao Victoria. Aunque estos testamentos llegaron a España, poco después se quemaron por accidente, así que hoy en día desconocemos su contenido. Sabemos esto gracias a una nota del factor Cristóbal de Haro referida a las limosnas que muchos habían legado al monasterio de la Virgen de la Victoria de Sevilla, que este pudo

hacer efectiva conforme a un resumen que había recopilado el escribano de la nao Victoria, Martín Méndez:

Yo Cristóbal de Haro, regidor de la cibdad de Burgos, factor de Su Magestad de la Contratación de la Espeçiería, digo que [...] no presenté los testamentos de las personas que hizieron las dichas mandas porque fueron perdidos y se quemaron, más de una memoria de Martín Méndez.

Como vemos, el sacrificio de Lorenzo de Iruña no fue en vano. Con su labor contribuyó al éxito de la que todos reconocemos como la mayor gesta náutica de la historia de la humanidad y, gracias a lo que su padre recibió por él, su familia pudo mejorar su nivel de vida.

Otros guipuzcoanos en la expedición

Además de Lorenzo de Iruña hubo otros nueve tripulantes guipuzcoanos que tuvieron destinos muy dispares:

El grumete Juan de Irún-Iranzo iba a bordo de la nao San Antonio, en la que regresó desde el estrecho de Magallanes llegando a Sevilla el 6 de mayo de 1521. Como a la mayoría de sus tripulantes, se le dejó marchar sin pagar sueldo.

El carpintero Martín de Gárate, de Deva, murió en la Patagonia durante el rescate que se organizó a los del patache Santiago, que había encallado en el que llamaron Puerto de Santa Cruz.

El hombre de armas Martín Barrena, o de Barriento, procedente de Villafranca, fue uno de los que enfermaron durante la travesía del Pacífico pero no consiguió reponerse al llegar a Filipinas, falleciendo en Cebú.

El marinero Juan de Segarra, o de Segura por proceder de esta villa, fue uno de los 27 hombres que nunca volvieron tras asistir al convite del rey Humabón, en Cebú, que se tornó en traición. Fue dado por muerto allí.

El también carpintero de Deva llamado Domingo de Yarza, fue uno de los que quedaron con la nao Trinidad en Tidore. Tuvo un papel muy destacado en las complejas reparaciones que se realizaron a la nao, tras las cuales zarparon hacia Panamá. Después de 5 meses de navegación con viento contrario, no tuvieron más remedio que optar por regresar al Maluco, donde los portugueses habían llegado

tras su marcha y apresaron a sus ya escasos 17 supervivientes. Domingo murió en Malaca, donde se le había trasladado, en el año 1524. Era amigo de Elcano, a quien había otorgado poderes antes de partir para que, si fallecía, pudiera cobrar su sueldo para entregarlo a sus familiares.

Pedro de Tolosa había iniciado el viaje como grumete, con 20 años, pero terminó ejerciendo como despensero de la nao Victoria durante el regreso. Fue uno de los trece tripulantes que quedaron apresados en Cabo Verde, después de que Elcano sometiera a votación acudir hasta allí para hacerse de víveres. Fue trasladado a Lisboa y liberado junto a otros ocho compañeros el 15 de octubre de 1522. Cobró un total de 78.170 maravedís, y en 1524 participó como testigo de la delegación castellana en la Junta de Elvas - Badajoz, organizada para dirimir la pertenencia del Maluco a Castilla o Portugal según el reparto establecido en el Tratado de Tordesillas.

Por último, tenemos a Juan Sebastián de Elcano, de Guetaria, erigido por elección de sus compañeros capitán de la nao Victoria. Declaró contar con «32 años, poco más o menos» al iniciar el viaje. Tras el regreso, Carlos V le pidió acudir a la corte, donde le honró como el primero en dar la vuelta al mundo. Le concedió un escudo de armas con la inscripción PRIMUS CIRCUMDEDISTI ME —el primero que me circunnavegaste—, y una paga anual vitalicia de 500 ducados, que nunca terminó percibiendo. Al cabo de aproximadamente un mes se ofreció como capitán general de la siguiente armada al Maluco que se organizara. Participó como delegado castellano en la Junta de Elvas - Badajoz en 1524. La expedición de Loaysa terminó haciéndose a la mar en 1525, con Elcano como capitán de su segunda nao. Tuvo un papel muy destacado en sus preparativos, especialmente durante la construcción en Bilbao de cuatro de los navíos que la integrarían, por lo que fue felicitado y gratificado. Invirtió parte de sus bienes en ella como armador. Terminó muriendo tras enfermar en mitad del océano Pacífico, el 4 de agosto de 1526, dejando dos hijos de diferentes madres, con las que nunca se casó.

Lorenzo de Hiruña, vezino de Sorabilla, que en la nao Victoria de Juan de Juan de Herrera y de Graça de la y de Graça que venia a cargo de Enlano con los dichos...
 Dijo en la nao Victoria falleció a 13 de mayo de 1522 años...
 Benzió de sueldo 33 meses...
 a razón de 1.200 por mes montan 39.720 de los cuales se rebaten 4.800 que se le dieron de socorro de paga de 4 meses...
 Restanse, debiendo 34.920.

El año de 1522... que monto... que do neto de quiebra y beventena de su caja y quintalada... que se rebaten... que se le dieron de socorro de paga de 4 meses... Restanse, debiendo 34.920.

En cuenta de lo sobredicho digo que se le pagó todo lo sobredicho, que son 79.413 mrs, en esta manera. Los 34.920 en 9 de marzo de 1523 a Miguel de Hiruna, por virtud del poder de su padre, y los 44.493 a Juan de Ocaz, por virtud del poder [del] dicho su padre, a 30 de agosto de 1524 años, y dio carta de pago de la quenta sobredicha.

Lorenzo de Hiruña, vezino de Sorabilla, que en la provincia de Guipuzcoa, hijo de Juan de Hiruña y de Graça de Lagirresarre, que fue por marinero en la nao Concepción y vino en la nao Victoria, falleció a xiii de mayo de 1522 años. Benzió de sueldo 33 meses, 4 días, que a razón de 1.200 por mes montan 39.720 de los cuales se rebaten 4.800 que se le dieron de socorro de paga de 4 meses. Réstanse, debiendo 34.920.

+ 44.493 que montó en 2 quintales, 82 libras y media que le quedó neto de quiebra y veyntena de su caja y quintalada, según parece en este libro a hojas 101, que a razón de 42 ducados el quintal monta lo dicho.

[Suma]: 79.413 mrs.

+ Pagósele para en cuenta de lo sobredicho: digo que se le pagó todo lo sobredicho, que son 79.413 mrs, en esta manera. Los 34.920 en 9 de marzo de 1523 a Miguel de Hiruna, por virtud del poder de su padre, y los 44.493 a Juan de Ocaz, por virtud del poder [del] dicho su padre, a 30 de agosto de 1524 años, y dio carta de pago de la quenta sobredicha.

+ Debe a Magallanes 204³.

Archivo General de Indias, Contaduría, 425, N. 1, R.1: "Informaciones sobre sueldos, mercancías y mercedes relativas a la Armada a la Especiería organizada por Fernando de Magallanes".

3 NOTA: En la img 204 de este mismo documento se calcula el importe de su quintalada, y en anotación al margense indica que se pagó a Miguel de Iruña, "su hermano".



